

La infiel esposa conocia el carácter atento del monarca, y no dudaba que si alguna vez entraba en su alcoba, estando ella ausente, saldria sin atreverse á tocar la estátua, temiendo interrumpir el sueño de la que juzgaba su mujer.

Nezahualpilli, á la vista de aquel engaño y de la turbacion de los criados, comprendió la traicion de su esposa, y mandó que se registrase todo el palacio, y se la condujese á su presencia.

La infiel esposa, que estaba muy ajena de saber lo que pasaba, fué sorprendida en conversacion con sus tres amantes, y llevada, en union de ellos, á la presencia del rey. Era uno, Chicuhcoatl, señor de Tezonyocan, personaje notable del reino; y los otros dos, Maxtla y Huitzilitzin, pertenecientes á la primera nobleza. El rey presentó su acusacion al tribunal competente para que obrase con arreglo á las leyes, hiciese las averiguaciones necesarias para descubrir á todos los que estaban complicados en aquellos escandalosos hechos, y aplicase á los que resultasen culpables, la pena que estimase justa.

Los jueces trabajaron con actividad, y vieron que el número de cómplices era crecido. Unos habian sido los encargados de conducir á los amantes á las habitaciones de la reina; otros los que les mataban y enterraban en un sitio escondido, y varios los escultores que ejecutaron las efigies que representaban á las víctimas. Terminado el proceso, el rey Nezahualpilli envió embajadores á los reyes de Méjico y de Tacuba, poniendo en conocimiento de ellos todo lo acaecido, y avisándoles del dia que se habia señalado para la ejecucion de la reina y de sus cómplices

Con el fin de que la nacion entera tuviese noticia del castigo impuesto á los que habian delinquido, ordenó que todos los señores de las provincias del imperio, los nobles y los caciques, concurriesen con sus hijas y mujeres á presenciar el acto de justicia aplicado á los culpables. La ciudad de Texcoco se vió pocos dias despues de aquel aviso llena de forasteros que de todas partes habian acudido atraidos por la curiosidad y por las órdenes del monarca. Llegado el dia señalado para la ejecucion, ésta se verificó públicamente, colocando á los reos en un sitio en donde pudiesen ser vistos de cualquier parte de la ciudad. La reina y sus tres amantes fueron los primeros que sufrieron la muerte, y como eran nobles, sus cuerpos fueron quemados en una hoguera, en union de las estátuas de los que habian gozado por un instante las caricias de su soberana. A la ejecucion de los cuatro, siguió la de los demás cómplices, que ascendian á dos mil, y sus cadáveres se arrojaron á una hoguera colocada expofeso en una barranca hecha junto al templo del ídolo de los adúlteros.

El ejemplar castigo recibido por los culpables mereció la aprobacion del reino entero, y todos vieron en el rey un juez recto, para quien no habia, ante la ley, distincion de nacimiento.

Nezahualpilli se retiró de los negocios públicos. La infidelidad de su esposa y la pérdida del hijo que mas habia amado, y á quien la ley habia dado muerte, llenaron de amargura el corazon del monarca texcocano. Abrumado por el sentimiento y haciéndosele pesada la carga del gobierno, decidió retirarse por algun tiempo de los negocios públicos, dejando entregado el mando á dos príncipes reales, dota-

dos de recomendables cualidades. Dadas las instrucciones que juzgó conducentes á la buena marcha de una acertada administracion, se retiró á la deliciosa casa de campo de Texcotzinco, llevando en su compañía á una de las mujeres más queridas, á la prudente Xocotzin, madre del desgraciado príncipe que perdió la vida por su correspondencia poética con otra de las mujeres de su padre.

Llevaba Nezahualpilli cuando se retiró á su quinta para descansar de los asuntos del reino, cuarenta y cinco años de regir los destinos de la patria. Seis meses pasó en la deliciosa posesion de Texcotzinco, entregado al cultivo de las bellas letras, á la contemplacion de la naturaleza y al estudio de los astros. La caza, los libros, los árboles y las flores formaban sus delicias, y no hubiera renunciado á ellas si solo hubiese consultado su gusto; pero era rey, y los sagrados deberes de monarca le hicieron volver á la corte. Sin embargo, su vuelta no fué para empuñar de nuevo las riendas del Estado, sino para que el pueblo viese que vigilaba por la buena marcha de los negocios.

1516. A su regreso á la corte, ordenó á su querida esposa Xocotzin que se retirase con sus hijos á un delicioso palacio llamado Tecpilpan, y él, resuelto á no volver á figurar en la escena política, se encerró en las piezas mas retiradas del palacio de su residencia, no dejándose ver sino de algunas de las personas mas notables. Quebrantada su salud por los antiguos pesares de familia, y por los lúgubres pronósticos de que seria dominado el reino por otra nacion que vendria del otro lado de los mares, decayeron sus fuerzas rápidamente, y pocos meses despues, en 1516, dejó de existir, á los cua-

1516.

Muerte de
Nezahualpilli.

A su regreso á la corte, ordenó á su querida esposa Xocotzin que se retirase con sus

hijos á un delicioso palacio llamado Tecpilpan, y él, resuelto á no volver á figurar en la escena política, se encerró en las piezas mas retiradas del palacio de su residencia, no dejándose ver sino de algunas de las personas mas notables. Quebrantada su salud por los antiguos pesares de familia, y por los lúgubres pronósticos de que seria dominado el reino por otra nacion que vendria del otro lado de los mares, decayeron sus fuerzas rápidamente, y pocos meses despues, en 1516, dejó de existir, á los cua-

renta y seis años de reinado y cincuenta y dos de edad. Sus exequias se celebraron con toda solemnidad, y no obstante sus creencias privadas, con la sangrienta pompa con que los pueblos juzgaban indispensable solemnizar aquel acto, por honra de sus reyes y de sus dioses. Doscientos esclavos y número igual de esclavas se sacrificaron delante de la pira funeral, en que su cadáver, vestido lujosamente y adornado de ricas alhajas, era reducido á cenizas por las llamas de las materias resinosas y aromáticas. Pulverizado el cuerpo por el fuego, se recogieron cuidadosamente sus cenizas y se guardaron en una urna de oro, que se colocó en un suntuoso templo consagrado á Huitzilopochtli; deidad á quien, no obstante las lecciones de su padre, consagraba alguna parcialidad (1).

Sin embargo de la celebracion de los funerales, el pueblo no pudo persuadirse que habia muerto. Creyó que las ceremonias verificadas se habian hecho para celebrar su memoria; pero vivió en la persuasion de que habia ido al reino de Amaquemecan, país en que tuvieron origen sus antepasados, como varias veces lo habia dicho á los grandes en sus conversaciones.

1516.
Cacamatzin,
11.º rey
de Texcoco.

El rey Nezahualpilli bajó á la tumba sin haber nombrado al hijo que debia sucederle en el trono. Los grandes y la nobleza, comprendiendo que de la falta de una autoridad declarada legitima, podrian surgir ambiciones y discordias peligrosas entre los que se creyesen con derecho á la corona, resol-

(1) Prescott. *Historia de la conquista de Méjico.*

vieron elegir un sucesor, observando el sistema seguido por los mejicanos.

Desobediencia ^{entre} Animados los individuos que componian el Consejo supremo del rey del mas puro sentimiento patriótico, se reunieron para deliberar concienzudamente respecto del príncipe que debia ocupar el trono. Sus votos, así como el de los demás consejeros, recayeron en el jóven Cacamatzin, que además de ser el mayor de los hijos del finado Nezahualpilli, estaba dotado de las prendas mas relevantes. Los príncipes que habían estado aguardando en una sala inmediata la resolucíon del Consejo, recibieron recado de que entrasen para hacerles saber sobre cuál de ellos habia recaído la eleccíon. Al penetrar en el salon, el Consejo señaló á Cacamatzin el asiento preferente para que le ocupase, y á sus hermanos Ixtlilxochitl y Coanacotzin, los que estaban á sus lados.

Los tres príncipes eran muy jóvenes. Cacamatzin tenia veinte años; igual edad contaba Coanacotzin, y diez y ocho Ixtlilxochitl. Colocados en los sitios que les habian señalado, el individuo que habia presidido el Consejo, anciano venerable y respetado, se puso en pié, y dirigiendo la palabra á los príncipes, les hizo saber la decisión de los electores, con la cual estaba de acuerdo de antemano la nacion entera. Ixtlilxochitl, que habia halagado la seductora idea de ocupar el trono, y cuyo carácter ambicioso y dominador no estaba dispuesto á admitir superioridad de ningun hermano, tomó la palabra desconociendo en el Consejo el derecho de elegir soberano. Los individuos que formaban la Junta, conociendo el genio irascible de Ixtlilxochitl, no juzgaron prudente contradecirle, y tolerando

su ofensa, suplicaron á Coanacotzin que se dignase manifestar su opinion. «Yo reconozco—dijo el jóven—el derecho del respetable Consejo, y admito, con gusto, por rey, á mi hermano Cacamatzin.» La aprobacion de Coanacotzin exaltó mas y mas á Ixtlilxochitl, que profirió nuevas palabras ofensivas. «No es justo, hermano mío—advirtió Coanacotzin—oponerse á la sabia determinacion de los hombres mas probos del reino, y debes no olvidar que de no haber sido él la persona elegida, hubiera sido yo, por ser mayor que tú.» Ixtlilxochitl, herido con aquella advertencia, replicó: «Convengo que si la edad es la única que da derecho á la corona, os pertenece á los dos antes que á mí; pero si se adjudicase, como debiera ser, al valor, entonces seria mia.»

Viendo los consejeros que el altercado entre los príncipes tomaba un giro que podia conducir á resultados funestos para el pais, les llamaron al órden, y levantaron la sesion.

El ambicioso jóven Ixtlilxochitl marchó, terminada la junta, á sus habitaciones, y continuó manifestando á su hermano Coanacotzin lo indignado que estaba por la eleccíon hecha por el Consejo.

Entre tanto Cacamatzin, nombrado legítimamente rey, consultaba con los nobles y la grandeza las medidas que debia tomar para obligar á su iracundo hermano á conformarse con lo resuelto con los consejeros. Resuelto á permanecer en un trono que le pertenecia así por primogenitura como por eleccíon, dispuso pasar á Méjico, para manifestar al monarca Moctezuma los temores que abrigaba de que intentase Ixtlilxochitl disputarle la corona.

Moctezuma, que tenía particular predilección por el joven y nuevo rey de Texcoco, le dijo que contase con su cooperación para sostener la legitimidad de sus derechos, sancionada por la voluntad de los pueblos; que interpondría su mediación con Ixtlilxochitl, para atraerle á la razón; pero que si preciso era, le enviaria sus ejércitos para sofocar cualquiera movimiento revolucionario que pudiese promover su ambicioso hermano.

Moctezuma, después de haberle hecho los mas lisonjeros ofrecimientos, le aconsejó que, como medida de precaución, pusiese de todas maneras, en parte segura los tesoros de la corona, que eran considerables.

Ixtlilxochitl se rebela contra su hermano
Ixtlilxochitl, comprendiendo el asunto que había llevado á Cacamatzin á la corte de Cacamatzin. Moctezuma, abandonó la capital de Texcoco, y se dirigió, con sus parciales, á los pueblos situados en las montañas de Mexxitlan, pertenecientes á sus ayos. El inquieto príncipe convocó inmediatamente á los principales guerreros que habitaban aquellos puntos, para tratar asuntos importantes á la patria. Todos acudieron al llamamiento, y tomando la palabra Ixtlilxochitl, les manifestó que no el deseo de mando, sino el de la dignidad de la nación, le imponía el sagrado deber de oponerse á lo dispuesto por el Consejo. «Respeto y quiero á mi hermano Cacamatzin,—dijo;—pero sobre el respeto y el cariño á la familia, está la obligación hácia la patria. Conozco el corazón dócil de mi hermano y la ambición sin límites del emperador de Méjico. El reino de Acolhuacan, regido por el primero, no será mas que un dócil servidor de Moctezuma, cuyo apoyo ha ido á solicitar en este instante.

El soberano digno se sostiene con el amor de los suyos: solicitar el auxilio de los extraños, es indicar desconfianza de los suyos, ó quererlos humillar juzgándoles inferiores á los otros. Yo, que amo el buen nombre de la patria y soy celoso de la honra de los valientes guerreros que le han elevado á la prosperidad en que se encuentra, invito á los que no hayan renunciado á los sentimientos del honor, á oponerse al nombramiento apasionado del Consejo, hecho bajo la influencia de los consejos de Moctezuma.»

Las palabras de Ixtlilxochitl fueron acogidas con entusiasmo por los guerreros de las montañas de Mexxitlan, que inmediatamente se pusieron á sus órdenes.

En el momento que el ambicioso príncipe abandonó Texcoco para conspirar, su hermano Coanacotzin, animado de sentimientos generosos, envió un recado á Cacamatzin, avisándole la ausencia de Ixtlilxochitl, y aconsejándole que se aprovechase de ella para coronarse.

Cacamatzin, admitiendo el consejo de su leal hermano, se despidió de Moctezuma, y acompañado de la principal nobleza de Méjico y de Cuitlahuac, hermano del monarca mejicano, marchó á Texcoco, donde fué recibido con demostraciones del mas vivo entusiasmo. Cuitlahuac, siguiendo las instrucciones de su hermano Moctezuma, convocó inmediatamente á la nobleza texcocana, la cual se reunió en el palacio de los reyes, á donde se le había citado. Después de un breve discurso en que hizo ver que á Cacamatzin le correspondía el trono, como primogénito y como elegido por el respetable Consejo, le presentó como legítimo soberano de Acolhuacan. Todos aceptaron

con júbilo al jóven soberano, y se eligió el dia para la coronacion. Hechos los preparativos para la solemnidad, y llegado el momento de la ceremonia, fué preciso suspenderla. Una noticia alarmante fué la causa de aquella suspension. Ixtlilxochitl, seguido de un ejército de ochenta mil hombres, se dirigia de Mextitlan sobre la corte de Texcoco. Cacamatzin dispuso su ejército, fortificó la ciudad y se preparó á la defensa.

Con efecto, Ixtlilxochitl habia logrado con sus vehementes discursos, atraerse la adhesion de los guerreros, y habia emprendido su marcha sobre la capital. Todos los pueblos por donde pasaba se unian á su causa, y nada se oponia á su paso triunfal. Unicamente los otompanecas se manifestaron contrarios á sus proyectos. Ixtlilxochitl les envió desde Tetepolco una embajada ordenándoles que le prestasen obediencia; pero habiéndole contestado que no reconocian mas rey que el elegido por el Consejo, marchó sobre ellos. Los otompanecas le presentaron batalla, y la lucha fué reñida. Sin embargo, era imposible resistir á las numerosas fuerzas del osado príncipe. Los otompanecas se vieron acosados por todas partes, y viendo caer muertos á sus principales capitanes y al mismo señor de Otompan, se retiraron á la ciudad que al fin cayó en manos del vencedor.

Esto alarmó á Cacamatzin, y aumentó las obras de fortificacion de Texcoco, esperando de un momento á otro ser atacado por su hermano. Pero no fué así. Ixtlilxochitl, contento de verse dueño de una importante ciudad del reino; querido de los pueblos que se le habian unido, y temido de los que obedecian á Cacamatzin, se propuso,

por entonces, permanecer en Otompan. Tomada aquella determinacion, distribuyó sus fuerzas, colocándolas en diversos puntos, ordenando que se dejase transitar libremente por los caminos y penetrar en las ciudades á todo el mundo, á fin de que la agricultura y el comercio no sufriesen daño ninguno.

Convenios
entre el rey de
Texcoco
y su hermano
Ixtlilxochitl.

Cacamatzin, viendo á Ixtlilxochitl entregado al arreglo de los negocios de los pueblos que le obedecian, le envió, de acuerdo con su hermano Coanacotzin, una embajada, haciéndole proposiciones que tenian por objeto evitar la guerra civil. Temiendo que de ésta resultase la ruina de la nacion, y prefiriendo ceder parte de su derecho en obsequio de la paz, á sostenerlo por medio de una lucha destructora, les ordenó á los embajadores que no perdonasen medio alguno para inclinar á su hermano á que admitiese, por bien de la patria, las proposiciones que le hacian. Estas se reducian á cederle el gobierno de todos los pueblos de las montañas, de que se hallaba en posesion, á condicion de que no habia de disputarle el de la ciudad de Texcoco y el de los pueblos de la llanura. Como garantía de la estabilidad de la cesion que le hacia, le manifestaba, por medio de sus enviados, que todo era con aprobacion de su hermano Coanacotzin, con quien estaba resuelto, además, á dividir las rentas de la corona, á fin de que los tres viviesen en la mejor armonía, como correspondia á hermanos que debian amarse. Cacamatzin, concluia suplicando á Ixtlilxochitl que admitiese el arreglo que le proponia; que no continuase turbando la tranquilidad que hasta entonces habia gozado el reino, y que los dos